

Por ese entonces ya había fichado con la exclusiva agencia IMG, tenía contratos con firmas de moda y, además, era la novia del futbolista Cristiano Ronaldo.

A Irina, sin embargo, no le gusta hablar de esta relación, que ya va por su cuarto año. Cuando, en el show de David Letterman, el presentador le preguntó cómo se conocieron, ella respondió a tan inocente cuestión diciéndole que procedía de Rusia, cuna del KGB y que “los rusos guardamos los se-

trabajo y mi vida personal. Mis decisiones profesionales son sólo mías y Cristiano las respeta”. Preguntada si sus desnudos o poses provocativas hacen aflorar celos latinos a su novio, reacciona también con contundencia: “No sé si mi novio es celoso. Deberías preguntarle a él”, zanja.

El tópico de que las modelos son tontas se ha derrumbado en los últimos años. Las tops son unas profesionales cada vez más poderosas, cuyas áreas de influen-

“Mis decisiones profesionales son sólo mías y Cristiano las respeta”, dice la millonaria modelo, que colabora con oenegés en Rusia

cretos”. Bromeaba, pero no contestó a la pregunta. La relación estaba prácticamente blindada hasta que, el pasado verano, el futbolista y la modelo protagonizaron un espectacular reportaje-destape en el *Vogue* español. Descritos como “la más esquiiva y fascinante pareja planetaria”, Cristiano e Irina aparecieron en las páginas couché perfectamente torneados y depilados, retratados por Mario Testino. Como telón de fondo, la mansión madrileña del novio, con enormes sofás tapizados en terciopelo y puertas tachonadas con el monograma CR. Si el amor se mide por halagos, el suyo es grande: “Irina es la mujer más hermosa del mundo”, dice él. “Cristiano es el mejor jugador del mundo”, dice ella. Un poco más locuaz que en el show de Letterman, Irina añadió en *Vogue* que sus orígenes, tan diferentes: “Nos ayudan a tener mayores perspectivas y nos hacen más fuertes”.

Como los Beckham, Cristiano e Irina son una pareja soñada a nivel mediático que también funciona muy bien a nivel profesional. Sin embargo, mientras él asegura que Irina “me ayuda muchísimo en esta exigente carrera”, Irina ha reiterado que en su carrera manda ella: “Nunca mezclo mi

cia van más allá del territorio moda. Hoy tienen causas benéficas, se codean con presidentes y acumulan unas fortunas que aparecen en la revista *Forbes*. Irina no es una excepción: colabora con oenegés en Rusia y tiene un patrimonio que, entre otras cosas, le ha permitido adquirir por dos millones de dólares un piso en Nueva York, donde reside. Ella también insiste que no es una cabeza hueca: este verano aseguró a la revista *InTouch* que, de niña, tocaba el piano y que es una fan absoluta de *Crimen y castigo*. Sin embargo, la lectura de Dostoyevski puede estar reñida con la vanidad: Poco después de estas declaraciones, Shayk protagonizó el primer escándalo de su carrera al aparecer en Instagram seminuda para reivindicar la causa de las niñas secuestradas en Nigeria por Boko Haram. En la imagen la modelo mira seductoramente a cámara y oculta sus pechos tras un cartel con la etiqueta *#BringBackOurGirls!!!* (Devolvédnos a nuestras niñas). Le llovieron las críticas en las redes sociales, acusándola de frívola y aprovechada, y le pidieron que retirara la foto. Sin embargo, parece que a Irina Shayk nadie le dice lo que tiene que hacer... La foto sigue ahí.



crónicas peatonales

ARTURO SAN AGUSTÍN



ALEX GALLARDO/REUTERS

Ben Bradlee, a la izquierda, durante una charla sobre el Watergate

Cielos y periodismo

Vivimos momentos de grandes emociones personales y colectivas. Y casi todos sus protagonistas, entre ellos algunos periodistas o propagandistas, de aquí y de allá, nos aseguran el cielo, que es lo que todos queremos que nos aseguren. Por supuesto, cada uno tiene su propia idea del cielo. Creo que nada nos complace más que obedecer y ser engañados. Lo nuestro, me refiero a nosotros los peatones, se reduce a escuchar, aplaudir y comprar esos cielos que estos días convulsos muchos nos aseguran mientras Núria Feliu sale alborotada de la peluquería.

En Madrid, Pablo Iglesias, incapaz, pese a su mucha astucia, de disimular lo que es o quiere ser, recurrió más o menos a Marx para gritar que “el cielo se conquista”. En Barcelona, en la plaza de Catalunya, un individuo que se definió como “extranjero” dijo que no quería ser español sino catalán y antes de echarse a llorar y de hacerse una foto con Carme Forcadell fue consolado por ella. En un pueblo de Sevilla, Oriol Junqueras sedujo a una jubilada, Eugenia Parejo, sobre todo cuando se enfrentó a la dificultad de manejar un sacacorchos. Y en el Vaticano, en la plaza de San Pedro, bajo un sol demolidor y finalizado el acto de beatificación de Pablo VI, el papa Francisco se despidió fraternal y cálidamente de algunos cardenales a los que dedicó unas breves palabras. Y uno de esos cardenales no fue precisamente Lluís Martínez Sistach, a quien el papa argentino lo despachó con el simple y protocolario abrazo eclesialístico. Quizá el problema es que cuando Martínez Sistach se acerca al

papa siempre pone cara de grandes expectativas. En realidad, en el Vaticano, el papa Francisco no habló del cielo y la imagen del nuevo beato que ofreció el tapiz colgado en la fachada de la basílica de San Pedro era de cuerpo entero y pisando los adoquines romanos, los llamados *sampietrini*. Un guiño, pues, muy terrenal y supongo que muy del agrado del papa argentino.

Yo, el martes, no fui al cielo sino a la librería Documenta, que fue donde el escritor y editor Ignasi Moreta habló del poeta Joan Maragall, quien sobre el cielo y la eternidad no opinaba lo mismo que algunos de sus amigos obispos y teólogos, que entonces mandaban mucho. Y

da entre algunos colegas, como Pepe Oneto y Pedro J. Ramírez, las camisas de rayas de colores y cuello blanco.

Decía Ben Bradlee, que la esencia del periodismo es buscar la verdad y contarla. Y que nos hacemos periodistas por el deseo de enderezar las cosas torcidas. Yo soy más modesto. Yo, regresando a Joan Maragall y a aquel artículo o crónica suya, titulada “De una tarde de agosto”, en la que recordaba cierta representación de *Edipo rey*, celebrada en la estación terminal de Cauterets, Francia, ante cuatro mil espectadores, me limito a subrayar la contribución que el periodismo hace a la memoria, a determinado instante que, gracias a él, al periodismo,

se hace eterno. Joan Maragall, a propósito de aquella tarde de agosto, escribió: “Aquí vivirá todo esto latente y escondido, quizás por muchos años, hasta aquel día en que, revolviendo distraídamente papeles viejos, una mano cogerá este, amarilleado ya por el tiempo y unos ojos se posarán al azar sobre estas líneas. Y el corazón

de quien está aún por nacer volverá a latir al compás de aquellos que en aquella tarde latieron y que entonces ya habrán cesado de latir”. El poeta acaba diciendo: “No hay lugar, no hay momento ni ser diverso; nada valen tiempos ni distancias, ni la muerte en cada uno; sólo el Espíritu vive siempre y resplandece. Y todo lo demás es sombra”.

Pero al Espíritu, para que siga siéndolo, para que siga viviendo siempre, le sientan mejor los periódicos de papel y los libros. Porque con las nuevas, veloces y pluscuamperfectas tecnologías, al final, se acaba perdiendo o borrando casi todo. Incluso los nombres de los vendedores de cielos.

ben bradlee

El mitificado director del Post decía que nos hacemos periodistas por el deseo de enderezar las cosas torcidas

no sé si Moreta lo pretendió, pero algunas de sus palabras me parecieron que eran el mayor elogio al periodismo que he escuchado nunca. O sea, que mientras nos llegaba la noticia de la muerte de Ben Bradlee, el mitificado director de *The Washington Post* y quien más ha influido en el periodismo madrileño, Ignasi Moreta leía el artículo de Joan Maragall, publicado en *La Lectura* y titulado “De una tarde de agosto”, que, según Moreta, quizá es el mejor texto en prosa que escribió el abuelo de Pasqual Maragall. Permítanme matizar: más que propiamente periodística, la influencia de Ben Bradlee en el periodismo madrileño fue textil, porque fue él quien puso de mo-

